

VIDA DE SAN GERARDO DE AURILLAC SEGÚN ODÓN, ABAD DE CLUNY. LIBROS TERCERO Y CUARTO¹

Introducción del traductor

Entre la realización y publicación de la traducción de los primeros dos libros de la *Vida de San Gerardo*, de Odón², sucedió un hecho importante: la publicación impresa de la tesis de doctorado que Isabelle Rosé defendió en la Universidad de Nice en el año 2005³. Este hecho es importante porque se trata de un trabajo verdaderamente monumental de síntesis historiográfica, pero también de reinterpretación de las fuentes, acerca de Odón de Cluny, producto de lo mejor de la tradición académica francesa. Una de las fuentes fundamentales en el trabajo de Rosé fue, por supuesto, la *Vida de Gerardo*, texto en el que, según la historiadora, Odón incluyó elementos de su propia vida. La lectura del trabajo de Rosé es indudablemente el texto fundamental para el estudio de la vida y obra de Odón, así como del Cluny primitivo.

La segunda mitad del la *Vida de San Gerardo* se compone de los libros III y IV. En el libro III se relatan los últimos días de la vida del santo, su muerte y las maravillas ocurridas durante su tránsito de este mundo al paraíso. El libro IV presenta los milagros ocurridos en el sepulcro del santo o en relación a objetos que el santo poseía. La presencia de un libro dedicado a los milagros, apariciones y demás eventos maravillosos posteriores a la muerte de un santo es parte esperable del *dossier* de un

¹ Introducción, traducción y notas de Alfonso Hernández Rodríguez, Doctor en Historia por la UBA y la Sorbona.

² *Cuadernos Monásticos* 167 (2008), pp. 549-606.

³ Isabelle ROSÉ, *Construire une société seigneuriale. Itinéraire et ecclésiologie de l'Abbé Odon de Cluny (fin du IX^e-milieu du X^e siècle)*, Turnhout, Brepols, 2008.



santo medieval. No es imposible que el último libro no haya sido escrito por Odón mismo, sino que sea una adición posterior.

Una última nota que debemos tener en cuenta es que la tradición hagiográfica en torno a san Gerardo es bastante compleja. La *Vida* escrita por Odón, transmitida en *Patrología Latina* y aquí traducida, es uno de los textos que tratan acerca del santo⁴. Para Rosé el éxito de la/s *Vida/s* de san Gerardo es relativamente tardío (posterior a la segunda mitad del siglo XII), sin intervención cluniacense y dentro del contexto del surgimiento de la idea de cruzada, porque ofrecía a los laicos un modelo de aristocrático con base monástica, pero sin el abandono de las obligaciones en el siglo⁵.

TEXTO

Libro tercero

El relato presentado anteriormente expuso en forma muy sobria cómo fue el venerable varón Gerardo, insigne a causa de las virtudes de sus hechos. Resta ahora que expliquemos con titubeante pluma de qué manera liberó a su esencia espiritual de la envoltura corporal. En efecto, consta como cierto que a pesar de que hubo dominado el apetito corporal con la moderación de la frugalidad, sin embargo estaba lleno de fuerza de varón. No fue un débil que haya carecido de la resistente energía de la fortaleza. Pero como ya estaba cercano [el tiempo en] que en vista de que era ya anciano debería ser eximido del servicio pleno de la milicia, desgastado comenzó a perder su habitual vigor. En verdad no escondió esto, ya que la pérdida de estas fuerzas no se extendía al debilitamiento de su juicio. Cuando veía a la mayor parte de los presentes, que atentamente acostumbraban estar junto a él, comenzaba a hablar con un muy profundo e íntimo sollozo y defectuoso discurso: “Hay, mis protegidos y compañeros muy amados, ¿acaso no observan que he perdido mi antigua fortaleza? Sepan que está muy cercano el momento de mi muerte, en el cual mi espíritu, siguiendo a su creador, será trasladado al lugar que se me ha destinado para habitar, mi frágil naturaleza se convertirá en polvo”. [Pero] atacado de debilidad no abandonaba la abstinencia acostumbrada. Cosa admirable: al menos esa locura, que suele empujar a los ancianos contra sus costumbres habituales, no pudo influir en su ánimo. Ciertamente la delicadeza de la carne no pudo ablandar la rigurosidad de

⁴ Isabelle ROSÉ, *op. cit.*, pp. 205-213.

⁵ Isabelle ROSÉ, *op. cit.*, p. 213.

la mente. Por lo tanto, cuando de este modo su alma se alimentaba con las virtudes, [él] olvidaba la actividad de su cuerpo. Pero como a causa de sus virtudes se despreciaba a sí mismo en cuanto hombre, no sabía, no comprendía completamente de dónde provenía la debilidad de sus fuerzas. Ya en verdad la virtud espiritual, que en él había crecido en plenitud, había casi aniquilado el vigor corpóreo. Sin duda sea [esto] habitual en los santos, porque la virtud divina sería menos intensa en ellos, si no se atenúa la fortaleza de sus cuerpos. Cuando Daniel hubo contemplado la visión angélica, languideció durante muchos días. Cuando Jacob hubo tocado al ángel, comenzó a cojear. Porque quien es llenado de gracia espiritual, se debilita respecto de su fortaleza corpórea. Y así el hombre exterior se desgastaba, mientras el interior de día en día se renovaba.

I. Mas cierto día, cuando se encontraba en la fortaleza que está cerca de Aurillac, observando la estructura del edificio, lloró abundantemente. Cuando uno de los de su casa [le] preguntó por qué lloraba, respondiendo dijo: “Porque el proyecto que concebí para este lugar hace mucho tiempo, no pude de ningún modo llevarlo a cabo. Puesto que este es mi reposo, aquí habitaré. Si acaso lo que resta puede ser considerado apto para el uso de los monjes, lo preparé fácilmente, con el favor de Dios; sólo faltan los monjes, pero no pueden ser encontrados. Y por esto así como estoy abandonado y solo, permanezco afligido; sin embargo, espero que Dios omnipotente, cuando a él le plazca, se digne satisfacer mi deseo. No es llamativo que yo, que soy pecador, deba esperar en mi deseo; ciertamente cuando se le prohibió al rey David que edificara un templo para Dios, sin embargo él mismo concedió que la obra fuera realizada más tarde. Es entendible que yo mismo no vea esto en el transcurso de mi vida, pero la misericordia de Cristo está por delante de lo que yo deseo. ¡[Sea] cuándo a él le plazca! Deseo razonablemente que ustedes sepan que las paredes de esa casa serán angostas para el pueblo que en gran número se reunirá en ella”. Pero no daba detalles acerca de cómo estaba informado de esto. Sin embargo, quienes sabían que él había dicho aquello, al ver que la multitud del pueblo se hacía presente en ese lugar, como él predijo, les surgió la idea de que estas cosas que dijo las conoció a través de Dios. En verdad su boca se llenaba así de la abundancia de su corazón⁶, de modo que la ley del Señor siempre resonaba plenamente en ella. Por lo demás, de acuerdo con el ejemplo del antes mencionado David, había previsto cada una de las cosas necesarias para los futuros habitantes, no sólo en cuanto a las reliquias de los santos, sino también en cuanto a los utensilios-

⁶ Cf. *Lc* 6,45.

lios e indumentarias eclesiásticas, así como ciertamente se preocupó por asegurar el producto de las tierras.

II. Pero en verdad, como dice la Escritura, que el que es santo, se santifique todavía⁷, era oportuno que este hombre de Dios fuera flagelado antes de su muerte. Y le sucedió como al beato Job y a Tobías, porque le era grato ser probado por la tentación. Y así durante siete años perdió en gran medida la luz de los ojos. Pero los tenía tan penetrantes, que nadie creería que sufría de ceguera. No solo no se dolió a causa de este golpe, sino que mucho se alegraba en el Señor, que se había dignado flagelarlo. Ciertamente no ignoraba que no todo el que es flagelado es hijo, sin embargo ningún hijo deja de ser flagelado⁸. Y esto era su consuelo, que el juez superior desatara su mano para herirlo y castigara en el presente los pecados sin los que aquí no se vive. Y así ya seguro de la misericordia del Señor, confiaba en que se dignaría librar de los castigos eternos, a quien en el presente se dignó oprimir bajo el flagelo. Pudo incluso sumar algo a sus deseos anteriores: cuando por causa de la ceguera había desaparecido el estorbo exterior, tanto más atentamente se dedicaba a la oración. Y porque no podía observar la imagen del mundo, por eso tendía a la contemplación de la luz verdadera más claramente desde su corazón. Desaparecida la preocupación proveniente de los hechos exteriores, se aplicaba al cultivo de la oración y también era asiduo en la *lectio*.

III. Dos años antes de morir, hizo dedicar solemnemente una Iglesia. Tantas reliquias de los santos fueron colocadas en los altares, que es admirable para los que lo saben. Pero a quienes escuchan por casualidad esto [de boca] de los que lo saben, les parece casi increíble. Pues aquel padre santo, en tanto tuvo vida, se dedicó al trabajo de juntarlas en todas partes y de todas maneras, cada vez que se le presentaba la ocasión. En verdad las obtenía en Roma y en todos los lugares de este modo: ciertamente él estaba lleno de gracia no sólo en su modo de hablar sino también en su rostro: y era generoso cuando pagaba; y, lo que es más importante, confiado en la gracia divina, cuando se trataba de actuar. Frecuentemente, para conseguir estas mismas reliquias, consta que entregó preciosas tiendas de campaña e incluso corpulentos caballos y mucho dinero. Y así, pues, colocó un diente de san Marcial en el altar de la derecha junto a las reliquias de san Martín y también de san Hilario; a quien ni el más generoso de los [hombres] pudo sacar [nada] de su cuerpo,

⁷ Ap 12,11: ...*et sanctus sanctificetur adhuc*.

⁸ Cf. Pr 3,11-12.

arrancó él en un instante su santo maxilar, habiéndose preparado antes con la oración. Por otra parte sucedió algo admirable que aconteció el mismo día de la dedicación de este altar: en verdad un jovencito, cuando el tumulto se apretujaba, se llevó de encima un mantel, para presentarlo al ministro, al mismo tiempo que algunos de los presentes le dijeron que no lo tomara anticipadamente. Pero como él no dejó de tomarlo, inmediatamente fue oprimido por una fuerte angustia, y en primer lugar sus manos se desollaron, luego paulatinamente todo su cuerpo perdió la piel, de modo que tuvo que convalecer durante seis semanas. Ese lugar, como hacía mucho [Gerardo] había ordenado, lo entregó a la autoridad de los monjes, pero desde ese momento permaneció allí poco tiempo.

IV. Durante el tiempo que continuó con vida, procuró despedirse en paz de todos los que le pertenecían, para que no pudiera surgir por desgracia entre ellos ocasión de pleito. Las tierras y los siervos que no entregara al beato Pedro, las repartió entre los que le eran cercanos y entre sus guerreros o ciertamente a sus servidores. Pero con la condición de que luego que murieran, estos volvieran a Aurillac. Otorgó entonces la libertad a cien siervos, pues eran innumerables los que emancipó en diversos lugares y ocasiones. Pero la mayoría de ellos, rechazando la libertad, atados por amor a él, prefirieron permanecer a su servicio. Con este hecho puede observarse cuán dulcemente había ejercido su dominio sobre ellos, cuando ciertamente prefirieron servirle, antes que ser liberados. Por otra parte anunciaba a algunos de los suyos, hasta qué punto absolvería del yugo de la servidumbre a una multitud mayor de los muchos siervos de su casa.

V. Cuando ya llegaba en verdad el tiempo de su partida, vivía cerca de Cézeinac-en-Guercy, una iglesia de su jurisdicción, que había sido consagrada en honor de san Ciriaco. Como ciertamente suspiraba más profundamente compungido que lo habitual, así quedaba claro que el deseo de su corazón tendía hacia otro [lugar] y que nunca tendría consuelo en el presente. Entre suspiros verdaderamente se fundía en lágrimas y oraba sin interrupción con su mirada elevada hacia el cielo, para que se lo liberara de este siglo, repitiendo y diciendo muy frecuentemente: “Ayúdenme, santos de Dios”. Así pues este dicho siempre era habitual en su boca, solía exclamar eso cuando acontecía algo inesperado. No mucho después en verdad su fuerza vital comenzó a desaparecer con un espasmo y a disolverse las fuerzas de sus articulaciones y de todo su cuerpo. Luego, cuando reconoció que el fin de su vida estaba próximo, ordenó que llamaran al obispo Amblardo para que en su tránsito proveyera con oraciones a una oveja arrepentida en la pascua del paraíso y como pastor atestiguara ante el Pastor de todos. Mientras tanto en verdad dispuso con sana

mente e íntegra memoria todas las cosas que exigía el funeral o la necesidad de los que quedaban [en este mundo]. Como súbitamente la veloz fama había dispersado en los alrededores el rumor de que el varón del Señor, Gerardo, se acercaba al tránsito [de esta vida], todos se apuraron entristecidos por la común pérdida: turbas de clérigos y monjes mezclados con nobles varones, catervas de pobres y multitudes de campesinos. Como estos estaban entristecidos, en seguida comenzaron a llorar, emitiendo gemidos y lágrimas, como si realizaran un lamento; cada una de las voces de este lamento gemía a causa de su piedad, de su caridad, de su cuidado respecto de los pobres, de su protección hacia los débiles. Por eso éstos que lloraban, decían: “¡Oh!, ¡qué consuelo ha perdido el mundo!”. Aquellos en verdad [agregaban]: “¡Oh!, Gerardo, que eres llamado bueno por propio mérito, ¿quién será ahora, como tú, soporte de los indigentes? ¿Quién alimentará a los huérfanos o defenderá a las viudas? ¿Quién será consuelo de los afligidos? ¿Quién por cierto inclinará la inmensidad de su poder a favor de los pobres? ¿O quién, como tú, considerará las necesidades de los que están solos y los liberará? Indulgentísimo padre, ¡cuán blando, cuán suave fuiste siempre! Comprendías la gracia de cada uno, te atraías el afecto de los desconocidos por causa de la fama de tanta bondad”. De este modo, estas cosas que la fuerza del dolor suele amontonar entre los gemidos, se desbordaban junto a los quejidos luctuosos, de modo que se creyera que estas lágrimas nunca podrían cesar. Así sucedía día tras día, hasta que fue llamado a su fin. Pero en verdad él no había podido ni en su propio fin abandonar su costumbre: ordenó que fuera dado un estipendio a cada uno que quisiera aceptarlo.

VI. En verdad he dicho que fue tan beato y dichoso que no habría de dejar en la tierra la caridad que era debida a sus obras, y en la caridad de los santos sería recibido en los cielos. En verdad, el [hombre] dichoso, que está por encima del poder del siglo, no lastima a nadie, a nadie oprime, ninguno lo acusaba ni a causa de un pequeño conflicto. Pues si Natanael es llamado en verdad israelita, porque no cometió ningún dolo⁹, también con derecho yo llamaré israelita, a quien beatifica al que lo escucha con los oídos, y a quien, según el ejemplo de Job, al ojo que lo mira le da testimonio. Por eso cuando todos se lamentaban al mismo tiempo, solo él permanecía lleno de alegría. Por supuesto, él había sabido que para los que esperan en el Señor, un rayo del mediodía aparece en el atardecer y entonces les otorga el sueño, esta es la herencia. Por lo tanto, la carne habrá temido en extremo a causa de su condición mortal, pero el espíritu

se exultaba seguro en la contemplación de la gloria, de modo que él ya confiaba que poseería en sí misma la esperanza que había deseado. Pues, como está escrito, que el justo confía en el momento de su muerte, creerás que él de ninguna manera temía a la muerte, confiado en la esperanza. Y así se lo veía lleno de alegría, no se manifestaba ciertamente que demostrara temor en lo más mínimo, en ningún detalle. Durante todo el tiempo de su debilidad, movía sus articulaciones cansadas para cumplir con Dios, de modo que ciertamente no toleraba celebrar ningún oficio divino si no fuera dentro de la iglesia; escuchaba en verdad la misa propia del día y otra por los difuntos ubicado delante del altar. Con sus miembros ya muy entumecidos, ciertamente no podía caminar por sí mismo, pero su espíritu, que permanecía fervoroso, ordenaba que su pequeño cuerpo fuera llevado por las manos de unos sirvientes al oratorio, de modo que ciertamente, extendiendo el ropaje de la buena obra hasta su talón, cantó la alabanza de su fortaleza en el final [de su vida].

VII. Así pues, cuando se apagaba el día viernes, sintiendo que se ponía más grave, ordenó que los capellanes realizaran el [oficio] nocturno delante de él, mientras el obispo celebraba junto a los suyos en la iglesia; pero él mismo salmodiaba junto a los que salmodiaban, hasta pasado el oficio matutino; también cumplió con todas las horas del día. Entonces en verdad, luego de concluir Completas, se armó con el signo de la santa Cruz y añadió aquel dicho que siempre le era familiar: “Vengan, santos de Dios”. Esto fue lo último que dijo, luego callando cerró los ojos. En verdad los que estaban allí, viendo que había dejado de hablar, llamaron al obispo. También pusieron sus santos miembros en cilicio, uno de los sacerdotes celebró misa conmovido e incluso llevó a cabo el sagrado misterio, mientras los restantes salmodiaban a causa de su partida. Cuando en verdad algunos dijeron que ya se había ido, él, recuperando el sentido de golpe, abrió los ojos y mostró con este acto consciente que aún no se había ido. Entonces en verdad recibió por propia voluntad el cuerpo del Señor que esperaba, y así dichosa, aquella alma se fue a los cielos. Y así, cumpliendo por sí mismo con el número de los días, llevó bien a cabo la buena obra que corresponde a los seis [días]. Sucedió que transmigró al verdadero *Sabbath*, que es el descanso. Y ciertamente, así lo creemos, él ya ve lo que deseaba: ya posee los que esperó. Pero dejó no poco dolor. Pues corresponde que una misma tristeza se haya mezclado con algo de dulzura, porque supieron por esto, de acuerdo a como él era, que más debían alegrarse que entristecerse; sin embargo lloraban con un clamor ingente, puesto que se los había privado de su compañía, y no esperaban ver un rostro similar al de él. Ellos [los que se habían enterado de su muerte] se entristecían por causa de su condición humana, pero los ángeles, creemos,

se alegraban. Pues si hay alegría entre los ángeles por un solo pecador que hace penitencia, ¿cuánto más por este hombre justo, que envejeció entre obras virtuosas? Pero su fe contempla la alegría de su Señor, que escapa a los mismos ángeles; en verdad, mientras permanece oculto a los ojos corporales, que ciertamente contemplaban un cadáver, se daba a la muerte lo que le pertenecía y de ninguna manera era visible de qué manera era glorificada el alma en los cielos. Por lo tanto, murió Gerardo pero, como aquella expresión de David, no como suelen morir los indolentes, porque su destino es estar entre de los santos. Y así cumplió con aquel dicho del Salmista: *Pero ustedes morirán como hombres*¹⁰, pero a él corresponde aquello que aparece un poco antes: *Yo dije: ustedes son dioses y todos hijos del excelso*¹¹. Atestigua el evangelista: *Somos hijos de Dios, pero no aparece lo que seremos*¹². Y así es dichoso Gerardo, que separó lo valioso de lo vil. Puesto que efectivamente gustó cuán dulce es el Señor¹³, nunca se sometió a los deleites de esta vida, los despreció a causa del Señor. Pero esta vida, que es valiosa para los réprobos, la consideró sin valor para él y descubrió que la muerte, que es terrible para ellos, era valiosa para él. Verdaderamente es beato aquel cuyos días transcurrieron en el dolor y cuyos años en el gemido: porque ya conoce perfectamente cuán gran inmensidad de dulzura esconde Dios para los que le temen. Él también muestra esto a través de signos únicos cuando observa a los hijos de los hombres. ¡Oh, cuánta diferencia hay entre él y los *vedios*¹⁴, o sea los malos ricos! En efecto sus lágrimas fueron pan para él y recibió su bebida en [forma de] lágrimas y en su propia medida. En verdad aquellos llevan sus días en medio de sus bienes y tienen su consuelo, como dice el Evangelio, en el presente. Pero en efecto este ya de un salto llega al lugar del tabernáculo de Dios. De aquellos se dice que descienden de inmediato a los infiernos. Si bien alguien puede referir algo digno acerca de su compañía exterior, sin embargo los deleites que lo llenaron en la derecha del Señor hasta el final, ninguno de nosotros, digo, [los puede] explicar con palabras, pues ciertamente no se puede comprender con los sentidos, si uno no siente por uno mismo de alguna manera qué es deleitarse en el saludo de Dios.

¹⁰ *Sal* 81,7.

¹¹ *Sal* 81,6.

¹² *Jn* 9,2.

¹³ Cf. *1 P* 2,3; *Sal* 34,9.

¹⁴ Referencia a Vedio Polión (†15 a.c.), ciudadano romano de la clase ecuestre, amigo de Augusto, famoso por sus lujos y su crueldad extraordinaria –incluso para parámetros romanos– hacia los esclavos. Esta mención muestra un conocimiento –aunque sea mínimo– de Odón de textos clásicos romanos.

VIII. Pero como Dios es admirable en sus santos, en quienes se nos ordena alabarlos, cuando dice la escritura: *Alaben al Señor en sus santos*¹⁵, por eso, oh beato Gerardo, como podemos dirigimos a él a través de ti. Alabándolo a él porque te eligió y te justificó; porque él exaltó su misericordia en ti; porque te llevó por caminos rectos; porque él mismo hizo que se descubriera el fruto de tu obrar; y en último lugar, porque no te abandonó en la vejez y, lo que es mayor aún, que te contó entre los hijos de Dios, y te glorifica en lo alto ante los ojos de todos. La alabanza corresponde a los santos, al alabarlos a ellos te alabamos también a ti, porque en verdad, como Jeremías, llevaste el yugo de Cristo desde la adolescencia, porque no rechazaste la gracia de su llamado, porque no vendiste tu alma, porque no recibiste su salvación en vano, porque no rechazaste las cosas que en tu interior habías concebido por amor a Cristo, porque no retrocediste en el tiempo de la tentación, porque no te abandonaste a las alegrías externas de la vida presente, porque no dejaste de hacer el bien. Pero en verdad tú, oh Señor Dios, tú perdona por él nuestro atrevimiento. Pues tememos el exceso en este relato, porque intentamos llevar a cabo algo para lo cual de ninguna forma somos idóneos. Porque corresponde que sea alabado dignamente aquel en quien tú eres alabado; pero no-sotros, Señor, somos indignos de referir estas cosas, porque no es agradable la alabanza en la boca del pecador¹⁶. Por lo tanto, tus santos te bendigan y tus obras te den gracias, como está escrito¹⁷. Pero como tus ojos ven la imperfección de tu Iglesia y las rocas de su tierra tendrán misericordia, rogamos que ellos, que son llamados rocas por la solidez de sus costumbres, se dignen venir a ayudarnos a nosotros, que somos la tierra por la desgracia de nuestra indignidad: para que nosotros, que no tenemos el ropaje de la justicia, [esas] rocas nos rodeen, de modo que podamos cubrir nuestra desnudez con sus méritos. Por lo tanto, así tu siervo, en quien tu caridad está profundamente arraigada, dirija hacia nosotros su inclinación a la misericordia y desde aquella sempiterna curia del Capitolio, en la cual ya reside entre los cónsules del cielo, mire hacia este valle de lágrimas, que él ya dejó; escuche las oraciones de cada uno y presente ante ti las necesidades de todos, ante la presencia de nuestro Señor Jesucristo, hijo tuyo, quien contigo junto al Espíritu santo vive y es glorificado como Dios por los infinitos siglos de los siglos. Amen.

IX. Velozmente, como suele acontecer con las personas sobresa-

¹⁵ *Sal* 150,1.

¹⁶ *Si*, 15,9.

¹⁷ Cf. *Sal* 145,10.

lientes, su tránsito resonó por todas partes. Ciertamente en seguida comenzó a reunirse una increíble multitud de hombres, gran cantidad de nobles varones, innumerables bandas de campesinos y necesitados, muchos monjes y una muchedumbre de sacerdotes. Todos lo gemían con el verdadero y más dulce afecto, y con no sé qué impulso divino lo lloraban compungida y suavemente: no ignoraban que con esto en verdad complacían a Dios.

X. Así pues, cuando de acuerdo con la costumbre lo habían desnudado para lavarlo, y Ragamberto y otros sirvientes, que allí estaban, pusieron sus manos en su pecho, súbitamente su brazo derecho se extendió y así su mano cubrió sus genitales, de modo que tapara esas partes. Consideraron que eso había sucedido por casualidad, movieron la mano hacia su pecho nuevamente. Pero una vez más, como antes, se extendió y se dispuso de modo de tapar su sexo. Pero ellos ahora se quedaron atónitos. Sin embargo, como querían entender la cuestión con precisión, por tercera vez movieron su brazo y colocaron nuevamente la mano sobre su pecho junto a la otra. De inmediato, con suma velocidad, ese miembro repitió lo que había hecho antes y cubrió [las partes pudendas]. Los enterradores fueron presa simultáneamente de sorpresa y pavor, entonces ya advirtieron que esto no podía suceder de ninguna manera sin intervención divina. Acaso, en efecto, a través de esto mostraba el cielo que esa carne siempre había sido modesta para conservar el pudor de la castidad. Y así de prisa taparon el cuerpo. En verdad más tarde, cuando recibió la vestimenta, de ninguna manera se volvió a extender aquella mano.

XI. Pero los suyos, junto con una inmensa multitud, llevaron su santo cuerpo a Aurillac, como él mismo había ordenado, y lo colocaron a la izquierda en la basílica de piedra arístón¹⁸, junto al altar de san Pedro, de modo que tenga el sepulcro a la derecha. Pero terminemos ya este librito, para que por casualidad no desagrade por su rusticidad ni tampoco por su extensión. Pero si en algo ha deleitado al lector, atribuya ante todo el mérito al señor Gerardo. En verdad, si desagradó algo, es culpa de mi incapacidad, pero tómelo como ocasión de misericordia. Y por esto suplicante ruego, considerando también que realicé este trabajo porque me lo ordenaron, que intercedan por mí ante el juez de los corazones.

Libro cuarto

I.¹⁹ Ciertamente al beato Gerardo le habría bastado que aquel testigo fiel, que está en los cielos, y a quien siempre se preocupó por complacer, lo recompense [teniéndolo] junto a sí en aquella región paradisíaca; pero sin embargo cuán grande sería la gloria que poseía en su interior, que Cristo mismo, como testigo, se dignó manifestarla. Pues está escrito que Dios dispone sus testigos en contra de nosotros. Cualquiera por cierto que custodia sus preceptos, es su testigo en contra de nosotros, porque podemos ciertamente observar esos preceptos como él, pero no queremos. Pues qué diré acerca de los que son como yo, ya no nos causa fastidio leer las cosas que dijeron los [hombres] piadosos, pero tampoco queremos imitar sus ejemplos, sin embargo nos ocupamos infatigablemente de conversaciones ociosas o terrenales. Pero cuando hacemos esto, demostramos pertenecer a aquellos a los que señala la voz del apóstol: *Se alejan de la verdad que escucharon, pero se reúnen para escuchar fábulas*²⁰. Por lo tanto, para la represión de esta indolencia o contra las restantes manifestaciones de los vicios, Cristo, administrador de los tiempos, dispone contra nosotros este testigo suyo, a quien adorna de muchos milagros delante de nosotros, para que cuando cerremos los ojos para no mirar los ejemplos de los [hombres] piadosos, como se ha dicho, miremos el esplendor de ese hombre, que tanto brilla cerca [de nosotros]. Sí, por cierto, él guardó los preceptos divinos en nuestra época. Pero como pronto un muerto va desapareciendo de [nuestro] corazón, en seguida lo relegamos al olvido y como no reflexionamos acerca de la recompensa que les queda a los santos por sus obras, malamente nos paralizamos a la hora de imitarlas. Y así por esto se digna realizar los milagros que, por fortuna, ocurren en todo momento, para que así percibamos la gloria que tiene en su interior e inclinemos la agudeza de [nuestro] pensamiento hacia esas obras manifiestas, por las cuales [él] fue llevado a esta misma gloria, y también nos apliquemos a juntar fuerzas para imitarlas. Pero tratemos ya, con la ayuda de Dios, acerca de estos milagros, que son acordes con este razonamiento.

II. El domingo posterior a su muerte, acompañado de multitudes, como hemos dicho, fue conducido a Aurillac. Luego, cuando los coros de salmistas pernoctaron junto al féretro, cierto hombre noble, llamado Gibón, colocó a su hija, a la que había invadido la epilepsia, debajo del

¹⁹ En *Patrología Latina* el primer capítulo del libro cuarto aparece erradamente editado como el último del libro III. Hemos repuesto la forma original.

²⁰ 2 Tm 4,4.

mismo féretro. Ella nunca más sufrió de esta enfermedad. Ciertamente hoy en día es madre de familia y ella misma da testimonio por sí misma de la virtud de aquel [santo].

III. Cierta hombre llamado Grimaldo, que vivía en una aldea, soñó que intentaba quitar la tapa del sarcófago. Se despertó y luego encontró que sus brazos se habían secado desde los codos hasta las manos, de modo que no podía servirse de ellos. Así permaneció completamente debilitado durante quince días; fue a suplicar al sepulcro y de inmediato recuperó la salud.

IV. Una esclava lunática de un tal Lamberto fue exhortada en un sueño para que fuera al sepulcro a suplicar. Ella le dijo esto a su señor. Él se lo prohibió, temiendo verdaderamente que se tratara de una ilusión y él quedara en ridículo, si no se produjera el resultado [anunciado] en la visión. Después, [como] ella fue exhortada por la visión una segunda y tercera vez, e insistía a su señor para que le permitiera ir allí, él finalmente se lo concedió. Por lo tanto, fue la mujer y estuvo atenta ante el sepulcro y volvió completamente sana.

V. Mientras tanto se formó ante la cripta una superficie herbácea, completamente redonda, como una rueda de carro. Esta tenía hierbas, pero alrededor de ella la tierra estaba desnuda y polvoriento. Por lo tanto, aquellos que pasaban por el cementerio, cuando vieron aquella superficie y el surco polvoriento, que la rodeaba, se admiraban, conscientes de que ningún hombre ni bestia habían marcado aquel surco con sus pisoteadas. Alguna vez aparecía y luego desaparecía. Mas en el siguiente verano se vio una [superficie] igual, pero mucho más grande. Pero tenía cerca de sí un límite desgastado y polvoriento, como antes. De la misma manera la misma superficie herbácea con forma de rueda, rodeada de un sendero polvoriento, apareció durante el tercer verano, pero esta vez mucho más extendida y de allí en más durante muchos años desparramándose paulatinamente, se veía que se extendía. En verdad, los que meditaban atentamente la causa [del fenómeno], creían que se trataba de un prodigio, interpretando que quizás la rueda verde significaría la fama del beato Gerardo, plena de verde virtud. Esa fama se dispersaría en adelante a través de los pueblos, que son estériles para las buenas obras por su aridez, los cuales están figurados en el círculo polvoriento, y que son fecundados con su ejemplo; ahora, por amor a él, muchos realizan la grata peregrinación y ofrecen su sufrimiento como regalo. Muchos vuelven habiendo mejorado sus formas de proceder: así como aquella rueda, a medida que se extendía, iba llenando la aridez polvorosa que la rodeaba. [Pero] podría

significar alguna otra cosa, que [sólo] conoce quien la dispuso. Mas es claro que nada ocurre en la tierra sin una causa.

VI. Cierta clérigo de buena opinión pasaba por la ciudad de Rodez. Allí, si se puede confiar en un sueño, tuvo la siguiente visión: Había un lugar alto, donde un resplandor muy grande refulgía. A este resplandor se subía a través de cuatro escalones. Antes del primero había un antepodio de hierro. El segundo escalón tenía un antepodio de bronce. El tercero de plata. El cuarto de oro. Y así en el primer escalón vio venir a dos hombres esplendorosos por su rostro y su vestimenta. A ellos los seguían otros dos, que entre sí conducían de la mano a un tercero. Le fue dicho al clérigo que veía esto, que los dos primeros eran san Pablo y san Marcial; los dos que los seguían eran san Pedro y san Andrés. Ciertamente el tercero, al que conducían, era san Gerardo. En verdad el clérigo casi nada había sabido de éste mientras estaba vivo. Pero entonces describió la estatura y el rostro del que había visto, y aquellos que lo habían conocido [a Gerardo], reconocieron la descripción. Cuando llegaron al primer escalón, cantaban algo como un salmo. Luego de lo cual san Pedro dijo la *colecta*. Cuando hubo terminado dijeron: *Amén*. Lo mismo hicieron en el segundo, tercero y cuarto escalón. Pero mientras los demás permanecían quietos, el beato Pedro se dirigió al lugar del ya mencionado resplandor y yació postrado en tierra, durante largo tiempo en adoración. Entonces subió hasta el tercero y se postró. Luego una voz que parecía salir de aquel resplandor lo interpeló preguntando qué quería. Pero él dijo: “Señor, te ruego tu misericordia para tu siervo Gerardo”. Y entonces, no se quién, sosteniendo un libro, relató la vida [de Gerardo]. Y cuando hubo leído durante un tiempo, el clérigo consiguió comprender esto: *¿Quién pudo transgredir y no transgredió, hacer el mal y no lo hizo?*²¹. Entonces una voz le dijo: “Haz de esto lo que te parezca”. Y apareció algo como un cetro que le fue dado, con el cual tendría la potestad de exaltarlo. En verdad el Clérigo escuchó la voz que otorgaba el cetro, pero no vio [al que hablaba]. Entonces en verdad el beato Pedro volvió alegre con aquellos que esperaban. En dirección al lugar en el que estaban apareció una pendiente extendida que ascendía al cielo. Pero el beato Pedro, sosteniendo con su mano a Gerardo, preferido de Dios, comenzó a hacerlo subir por aquellos escalones, y exclamó con excelsa voz: *A ti Dios te alabamos*. Y así cantando, alcanzaron el cielo junto a él. Ciertamente esto fue seguido por otro signo visible en su sepulcro.

²¹ *Sí* 31,10.

VII. El séptimo año luego de su muerte, el sarcófago, que había sido cubierto con tierra apisonada y techado con piedras, gradualmente comenzó a elevarse sobre la misma tierra. Pero no se vio que la tierra que estaba alrededor se elevara, ni se hundiera. Tampoco los habitantes del lugar se dieron cuenta. Pero mientras tanto un clérigo de Limoges llegó y preguntó a los monjes si acaso el sarcófago de Gerardo ya habría emergido a la superficie. Y añadió que fue advertido a través de un sueño, que viniera al túmulo [de Gerardo], porque su sarcófago ya habría comenzado a aparecer. Entonces en verdad los monjes, junto con él, se dirigieron al túmulo y luego de sacar la tela de arriba [de la sepultura], allí presenciaron lo que el clérigo había visto mientras dormía. Ciertamente había emergido en parte. Ya en verdad se lo veía bastante alto. Cada uno que supo esto, no pudo ignorar que se trataba de una obra divina. Entonces comenzaron a acontecer milagros frecuentemente.

VIII. Había llegado el día de la solemnidad de la circuncisión del Señor, cuando un vasallo llamado Adraldo comenzó a encender en su casa durante la noche la fogata de los brujos. Mas en esa intempestuosa hora de la noche, los demonios se hicieron presentes como guardianes sobre la fogata. Así [algunas personas] quedaron malditas por estos, de modo que a uno lo mataron, a otro lo privaron de la salud del cuerpo debilitando sus miembros. Luego este [Adraldo] se ganó la vida mendicando y fue enviado a Aurillac, donde sobrevivió durante algunos días. Unos hombres violentos se comportaban atrevidamente contra la autoridad del lugar. Por esta causa los monjes comenzaron a hacer sonar las campanas y a fortalecerse con las letanías. Entonces el maltrecho suplicaba que aquellos que lo rodeaban, lo llevaran al sepulcro del Señor Gerardo. Cuando lo llevaron, oraba para que se dignara ayudarlo. Poco después él apareció sano y, habiendo recuperado [la fuerza de] sus miembros, nuevamente se pudo valer de todos ellos. A partir de allí ya comenzaron a tener lugar milagros ininterrumpidamente; y su virtud y su reputación [de Gerardo] resonaban en verdad ampliamente. Acerca de ellas, si acaso alguien dudara de que se manifiestan frecuentemente en los enfermos, puede comprobar con su mirada, a través de la cual acepta la fe de sus predecesores. Pero la divina dignidad se digna repetir frecuentemente las cosas que hizo a favor de aquellos que están oprimidos por distintas enfermedades. Omitimos esto a causa de su extensión. Pero rozamos estas cosas que hacen a la gloria del beato varón, que debe ser alabada, [puesto que] consideramos que no podía dejarse pasar sin comentario.

IX. Consta que el mismo santo varón, mientras vivía, transportó muchas reliquias de los santos a Aurillac. Verdaderamente, como se dijo

más arriba, se ocupó muchísimo de esta cuestión, y tuvo no poco auxilio de Dios para conseguir lo que deseaba. Entre las restantes [reliquias] y los vasos sagrados de los santos, que allí se encuentran, está una madera [de la cruz] del Señor, la cual posee una virtud que se percibe en un frecuente acontecimiento: que si alguien lo lleva, cuando está montando el caballo muere en breve, o si cometiera acaso perjurio, se vuelve epiléptico. En efecto, no pocos ya han sido afectados por ese pecado. Los habitantes de esa región solían tener costumbres en gran manera brutales, sin embargo gracias al ejemplo y a la reverencia del santo hombre parece que se han suavizado. Pero cuando deciden realizar una alianza o un gran pacto dentro de la ley, lo llevan a cabo a través de algún monje o clérigo, que lo pone por escrito en prosa.

X. Algunos, que discutían acerca de la Gloria del beato Gerardo sin reflexionar, afirmaron que esta gracia de las curaciones no se producía por su propio mérito, sino por las virtudes de aquellas reliquias. Pero nosotros, que analizamos diligentemente esta cuestión, creemos esto: que se atribuyan los beneficios de la cura a aquellas santas reliquias, sin negar tampoco la cooperación de la virtud del beato Gerardo. Pues la forma en la que suceden estos acontecimientos nos persuade de creer que él mismo suele aparecer ante la mirada de los enfermos y conferir en mayor medida el beneficio de la salud ante su sepultura. Como sucedió en verdad con el hijo de Juan, vizconde de Auvernia, sordo y mudo, manco de una mano. Lo llevó allí y se dio a la oración prosternándose frente al sepulcro. Cuando ya era media noche, salió sangre por sus orejas y su mano se extendió y ya sana, la dirigió hacia el cuello de su padre, y hablando por primera vez le pidió pan. Entonces él dio gracias a causa de su hijo y llenó toda la iglesia con un clamor. Y donó un alodio de su jurisdicción al sepulcro del santo. Razonablemente recordamos esta cuestión, ya que el milagro fue realizado en favor de una persona noble, y fue conocido por muchos. Pero muchas cosas distintas y de diverso género, fueron primero notadas por los habitantes de la región; sin embargo, como la cantidad [de hechos] creciera inmensamente, no se pueden mencionar todos.

XI. En la fortaleza de Aurillac, delante de las puertas de la iglesia, había un *epistilio*, por el cual él acostumbraba subir a su caballo. En verdad, los enfermos que lo besan por amor a él, suelen recibir la salud. También por esta causa ahora fue trasladado al interior de la iglesia por los habitantes y fue cubierto con una tela al modo de los altares. No lejos de la fortaleza, que los rústicos llaman Mulsedonum, el mencionado varón de Dios había tenido una casa. Los habitantes de la fortaleza decidieron de mutuo acuerdo trasladar la mesa [de Gerardo] que se hallaba en

esa casa para utilizarla para comer. Así lo hicieron. Los que la llevaban la pusieron en el exterior, frente a una casa. Cuando uno, que venía del sur, quiso dormir sobre ella, súbitamente se quedó ciego y enloqueció. Luego también cuando un perro se subió a la mesa, de inmediato se le paralizaron todos los miembros. Sin embargo no bastaron estas advertencias: otro se tiró arriba de ella de la misma manera, pero también él mismo fue cegado en seguida. Finalmente comprendieron que estas cosas acontecían porque la mesa había sido sacralizada, al comer frecuentemente [en ella] el santo varón; la enviaron a la iglesia del beato Martín, que está cerca, cubierta con un manto. Esta permanece allí suspendida del techo. Un presbítero había ido con unos vecinos a comer en su mesa, que estaba en la ciudad de Vaxia. Como suele ocurrir, entre las comidas comenzaron a bromear y utilizaron palabras graciosas alternativamente; súbitamente un inmenso pavor los atrapó a todos, de modo que de inmediato detuvieron su bufonería y se fueron a comer a otro lado. Llevaron la mesa a aquel oratorio que había sido construido en el lugar, donde los portadores habían bajado el féretro [de Gerardo] para cambiarle la funda. En aquel lugar, el ganado que está suelto dando vueltas, cuando acaso sucede que come en el lugar donde el féretro, como dijimos, había sido puesto, de inmediato comienza a sufrir y muere. Verdaderamente los habitantes, comprendiendo la causa por la que los animales caían muertos, allí construyeron el mencionado oratorio. En adelante en este lugar muchos enfermos alcanzan la salud. Más aún, sucedió algo maravilloso y casi increíble, si no hubiera sido demostrado por la experiencia: pues una pequeña fuente surgió en ese lugar, que provee de bebida a los viajeros.

XII. Rainaldo, de quien el varón del Señor sospechaba, y tenía obligado a través de un juramento, como se ha dicho más arriba, mientras aún vivía, rompió la fe de su juramento y, junto con los suyos, era no poco peligroso para la comunidad a la que había entregado el cenobio. Pero solos, en medio de las depredaciones que soportaban, solían exclamar el nombre del señor Gerardo. Una noche el mismo Rainaldo vio que el varón de Dios lo observaba parado junto a él, como cuando le había requerido su fidelidad con un juramento; al mismo tiempo le advirtió que en adelante cesara de vejar a la comunidad. Él, sobresaltado, le relató la visión a su cónyuge. Y ella lo persuadió de que, ya que había sido advertido, cumpliera con el juramento. Y él, compungido, refirió esto a los suyos en el momento, dando orden, aunque no muy convencido, de que no se inquietara a la comunidad. Pero ellos poco después volvieron a sus ataques habituales. Rainaldo no se los impidió, porque estaba inclinado al mal. Y aunque fuera muy cercano al santo varón por la sangre, sin embargo era completamente ajeno a su piedad. Entonces, de esa manera, el

santo varón se apareció ante él y le reprochó furibundo las buenas cosas que había hecho por él, a cambio de las cuales él devolvía malas, y así golpeándolo en la cabeza, le anunció su pronta muerte.

XIII. En la provincia, que es llamada Alemania, un noble hombre era poseído por demonios. En verdad sus padres y sus guerreros lo condujeron junto a las reliquias de muchos santos, para que la divina gracia lo liberase a través de la intersección de estos. Pero el distribuidor de todos los bienes, que dispuso glorificar a su elegido, le reservó esta tarea. En verdad el nombre del beato varón no había sido escuchado en esa provincia. Pero mientras los mencionados [parientes] lo condujeron ante los cuerpos de los santos, los demonios muy frecuentemente exclamaban que no saldrían para nada de ese cuerpo, si no [fuera] por la intercesión del beato Gerardo. Entonces los [parientes] averiguaban aquí y allá esto [que decían] los demonios, para saber en qué provincia se encontraba el beato Gerardo. Y no sé si alguien de Roma²², o algún peregrino, les indicó la provincia y el lugar. Ellos rápidamente fueron a Aurillac. En cuanto llegaron ante el sepulcro, los demonios comenzaron a gritar a través del poseído: “Oh Gerardo, ¿por qué te burlas de nosotros? ¿Por qué nos quemamos con tu virtud?”. En seguida cayó en tierra y los vomitó con una sangre. A partir de ese momento y en adelante, permaneció incólume.

Finochietto 850, 2ªA
CP 1272 - Buenos Aires
ARGENTINA

²² *Romaei.*